AÑO 1873

EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

v. 23 #17

EL SARGENTO BAILÉN,

ZARZUELA EN DOS ACTOS,

LETRA DE

DON JOAQUIN ARTEA,

MÚSICA DE

DON MANUEL FERNANDEZ CABALLERO.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ,—40,—2.°

1874.

EL SARGENTO BAILÉN.

860.82
sp24
v.23 r17

ACTO PRIMERO.

El teatro representa el patio de una casa de aldea. Tapia baja al fondo, que se supone dar al camino real, con puerta al centro y montaña practicable en último término. Á la izquierda la entrada de las habitaciones, encima de la cual, habrá una muestra en que se leerá *Posada de la Estrella*. Á la derecha otra puertecilla, figurando la entrada de un pajar. Mesas y bancos rústicos. Jarros, vasos, etc.

ESCENA PRIMERA.

ALDEANOS y ALDEANAS.

Al levantarse el telon, los Aldeanos aparecen sentados en diversas mesas bebiendo. Ellas en otro grupo les animan con cariñoso interés.—María entra y sale desde la casa al patio diferentes veces: dos ó tres mozos sirven jarros de vino.

MUSICA.

ELLAS. Malhaya tanta guerra!
Se acerca la hora ya
de que por fin conozca
su suerte cada cual.

ELLOS. La patria está en peligro;
nos llama con afan,

y es santo por la patria
los riesgos afrontar!

ESCENA II.

DICHOS, CÁRLOS, saliendo á tiempo por la primera puerta izquierda. MARÍA entra por la puerta derecha.

CARLOS. Teneis razon, amigos.
TODOS. Y tú tambien vendrás?
CARLOS. La suerte mia, pronto
á decidirlo va.
Brindemos, pues,
que á la verdad
la última vez
esta será.
CORO. Brindemos, pues, etc.
CARLOS. Ya que las águilas francesas
devastan hoy nuestro país,
una muralla en nuestros pechos
hallen los hijos de San Luis.
Sea sepulcro cada aldea
del extranjero vencedor,
y sólo escombros y ruinas
pisen los piés del invasor.
ELLOS. Lucha sin tregua
sólo hallará
en la campaña
y en el hogar!
ELLAS. Pero entre tanto
que peleais,
de nuestras almas
huye la paz!
CARLOS. Los que designe la fortuna
para marchar á combatir,
deben primero que rendirse
en nuestras filas sucumbir.
Y los que queden amparando

de los ausentes el hogar,
deben primero que entregarle
sus pobres muros arrasar!

CORO. Guerra sin tregua
se encenderá
en la campaña
y en el hogar!

ELLAS. Pero entre tanto, etc.

CARLOS. Marchemos, pues.

TODOS. Vamos allá.
Independencia
y libertad!

ELLOS. Marchemos } todos juntos,
ELLAS. Ya marchan }
se acerca la hora ya,
y es justo que } conozca
de que por fin }
su suerte cada cual.
La patria está en peligro,
nos } llama con afan,
los }
y es fuerza por la patria
los riesgos afrontar!

(Vánse todos con entusiasmo por el fondo. Pausa. María sale por la derecha y habla desde el quicio de la puerta con álguien que se supone estar dentro del pajar.)

ESCENA III.

MARIA.

HABLADO.

Estad ahí tranquilamente, que ya os avisaré para cenar. (Cierra y se adelanta á la escena.) Infeliz! Me dió tal compasion verle llegar con la ropa desgarrada y casi muerto de fatiga, que á pesar de sus malas trazas, me decidí á darle hospitalidad. Yo bien quisiera que se ca-

lentase á la lumbre del hogar; pero él ha preferido el sitio más humilde de la casa, el pajar, para evitarnos sin duda el temor de que manchase algun mueble. Y me ha parecido jóven, á pesar de que apenas pude fijarme en su rostro. El pobrecillo lo recataría por vergüenza... ó quién sabe si con mala intencion. Dios mio! Si será un criminal? Si será un francés? Bah! No se hubiera atrevido á entrar solo en la aldea!...

ESCENA IV.

MARÍA, LUISA.

LUISA. María! (Desde la puerta del foro.)

MARIA. Hola, Luisa! Por qué no entras? No te consideras ya como de casa?

LUISA. Ha vuelto? (Con timidez.)

MARIA. Quién?

LUISA. Cárlos!

MARIA. Mi hermano? Aún no. Hace un momento que se ha marchado al sorteo con los demas mozos del pueblo. No parece sino que todos los hombres se han empeñado en huir de sus casas. Y gracias que aquí hemos conseguido del alcalde, que sólo vayan á la guerra los que la suerte elija.

LUISA. Yo he llorado toda la noche.

MARIA. Tonta! Por ventura temes que Cárlos saque un mal número?

LUISA. Ya ves! Cómo él no ha de elegirlo!

MARIA. Pero á qué llorar ántes de tiempo? Yo estoy muy tranquila, tranquilísima, y creo que mi hermano tiene tan buena estrella como su posada.

LUISA. Sí! Buena estrella y buena posada, en donde nunca hay un viajero! Verdad es que con tantas guerras ..

MARIA. Pues ahora tenemos uno! Mucho temo que no pague el alojamiento; pero al fin y al cabo es un viajero! Qué dichosas vamos á ser! Tan pronto como mi hermano pague al dueño de esta casa el piquillo que le debe, os

casais... esto es ya cosa convenida! Luégo arrendamos la granja del tio Calamocha.

LUISA. Y si cae soldado?

MARIA. Y si se acaba el mundo? (Remedándola.) No he visto nunca muchacha más llorona que tú! Cómo quieres que Cárlos tenga mala suerte, siendo nuestro único bien, nuestro único apoyo? Preciso sería para eso que no hubiera justicia en el cielo! Pues como decía, arrendamos la granja, y una vez allí, seremos los tres felices.

LUISA. Los cuatro, querrás decir.

MARIA. ¿Eh? Cómo los cuatro?

LUISA. Sí, porque tú tambien te casarás!

MARIA. Yo casarme?... Y con quién? Yo no quiero á nadie.

LUISA. Á nadie?

MARIA. Á nadie... excepto á mi hermano y á tí... y despues á vuestros hijos, cuando los tengais. Oh! ya verás cómo sé educarlos! Cuando sean buenos les compraré juguetes en la feria, y para reprenderlos me pondré antiparras, y hablaré con voz gangosa como una maestra de escuela.

LUISA. Álguien viene. Ah! Cárlos!

MARIA. Gracias á Dios. (Con júbilo.)

ESCENA V.

DICHAS, CÁRLOS.

CARLOS. Luisa!

LÚISA. Esperábamos aquí tu llegada. Si nuestra presencia te incomoda...

CARLOS. Incomodarme? Qué disparate! Tú eres la luz de mis (Fingiendo alegria.) ojos, la...

MARIA. Bueno, bueno: deja esas tonterías para despues. Cómo has salido? Supongo que habrás sacado un número magnífico, soberbio!!

CARLOS. Ya lo creo! el mejor!

LUISA. Ah!... (Alegre.)

MARIA. Qué tal! No te lo decía yo? (Á Luisa.)

CARLOS. Sí! He sacado el número uno!
LUISA. Dios mio! (Aterrada.)
MARIA. Pero... has ido á coger el uno?
CARLOS. Preciso era que cogiese alguno, y cogí ese.
MARIA. Y tendrás que partir! Tendrás que abandonarnos?
LUISA. Irás á hacerte matar! (Llorando.) Dios mio! Dios mio!

DUO DE TIPLE Y TENOR

MUSICA.

CARLOS. No llores, alma mia! (Luisa.)
No quites el valor
al pecho que primero
que amante, es español.
Yo adoro tus encantos!
Yo vivo en tu querer!
Pero en el hombre honrado
primero es el deber.
LUISA. Ingrato á mi cariño
ya piensas en marchar,
sin ver que de mi alma,
te llevas la mitad!
Aquí desamparadas
nos dejas á las dos!
No puede ser tan fiera
la voluntad de Dios!
MARIA. Tú deja que á la guerra
se vaya el picaron,
que bien sin él podremos
gozar aquí las dos.
En tanto que cien novios (Á Cárlos.)
nos sigan con afan,
á tí en cualquier combate
te perniquebrarán!
CARLOS. Soldado soy!
LUISA. Cruel verdad!
CARLOS. Y partiré!
MARIA. No partirás!

CARLOS. Sí partiré!
MARIA. No partirás!

—

CARLOS. Hermana de mi vida,
por caridad,
no aumentes mi amargura
que es grande ya!
No puedo á mi destino
ser desleal!
La patria me reclama
y he de luchar!
MARIA. ¡Y dale con la patria!
Es mucho afan!
La patria está en la novia
de cada cual!
Y en tierra de españoles,
bravos sin par,
para matar franceses
gente hay demas!
LUISA. Ya veo que en su alma
con fuerza igual
deber y amor á un tiempo
luchando están!
En vano el llanto mio
correr verá!
Adios mis esperanzas!
Con él se van!
CARLOS. Soldado soy!
LUISA. Cruel verdad! etc.

—

CARLOS. Del yugo extranjero
es fuerza librar,
la patria que lucha
por su libertad!
Altiva fué siempre!
Esclava jamás;
y habrá independencia

ó España no habrá!

MARIA. Pues mande quien quiera
lo mismo nos da,
si juntos vivimos
con dicha cabal!
Tu novia y tu hermana
sin tí no han de estar,
y chilles ó rabies
de aquí no te vas!

LUISA. Mi amor solo es tuyo
y firme verás
la fé que mi alma
te jura guardar!
Ya mueras luchando
ya vuelvas en paz,
tu amante recuerdo
mi dicha será!

DECLAMADO.

CARLOS. Ea! No hay por qué apurarse tanto! Todavía estoy aquí!

MARIA. Tú no nos has querido nunca! (Llorando.) Vete, ingrato! Marcha á exponerte á las balas!

CARLOS. Qué diablos! No hay balas para todos.

MARIA. Pero hay grandes fatigas y prisioneros... No, no; tú no te irás! No debes marcharte! No me da la gana de que te vayas!

LUISA. Oh! Cárlos mio!

CARLOS. No sabeis, desdichadas, que hay ciudades enteras donde no ha quedado un solo español sin acudir á las armas? Los muros de Zaragoza caen á pedazos; el francés tala nuestros campos; arden nuestros pueblos y yo he de negarme á defenderlos! Hoy sólo vamos á luchar los que la suerte ha elegido! Dentro de poco irán tambien hasta los ancianos y los niños!

ESCENA VI.

DICHOS, BAILÉN.

BAILEN. Á la paz de Dios, niñas, y buenos dias!

LUISA. El Sargento Bailén!

BAILEN. El mismo que viste y calza!

CARLOS. Bien venido, Sargento!

MARIA. (En tono brusco.) Qué es lo que buscais por estos alrededores?

BAILEN. Como esperaba hace dos dias el sorteo de los mozos de este pueblo para incorporarme con ellos á mi batallon de Barbastro, gloria y prez del ejército de España, vengo á felicitar á vuestro hermano por su buena suerte!

LUISA. Verdad es! Hay motivo (Con amargura.) para ello.

BAILEN. Seguramente que sí. He presenciado el sorteo; y aquella desenvoltura con que sacó el número uno, le ganó mi corazon!... El número uno! Sabes tú lo que es ese número? En mis buenos tiempos saqué yo el ocho, y me crei el preferido de la suerte, su niño mimado!

CARLOS. No me quejo yo tampoco!

MARIA. Él no se queja, (Interrumpiéndole.) pues lo mismo le da ocho que ochenta; pero yo me quejo, esta se queja y todos nos quejamos. Por lo tanto, vuestra enhorabuena no viene á cuento, porque no partirá!

BAILEN. Eh? (Á Cárlos, y retorciéndose el bigote.)

CARLOS. (Ni una palabra más delante de ellas.)

BAILEN. (Comprendo! comprendo! La mujer es siempre sensible!)

MARIA. Mi hermano no puede partir porque... porque... no tiene la edad necesaria!

BAILEN. La edad necesaria para matar franceses? Oh! El confesor le absolverá de esa falta; y si no tiene la edad necesaria, que haga lo que el catecismo manda hacer respecto al ayuno. «Prepararse para cuando la tenga.»

LUISA. Sí, pero Cárlos es muy delicado!

MARIA. Y aborrece la vida militar!

BAILEN. Sería el primer español que no fuera aficionado á jugar á los soldados. Ademas, amigas mias, hoy no se trata de una guerra cualquiera; se trata de defender nuestra independencia, de arrojar de nuestro suelo al ejército invasor.

MARIA. Mi hermano (Sin hacerle caso.) no puede marchar por ahora porque está muy ocupado. Va á casarse y esta es su novia. ¿No es verdad, Luisa? conque ya veis...

LUISA. Sí, señor Sargento. Soy su mujer; es decir, vamos á casarnos muy pronto.

BAILEN. Confieso que la ocupacion no puede ser más perentoria ni más entretenida; pero su deber de español y de soldado, no le permite más ocupaciones que la de batirse por la independencia de la patria. ¿Quién sabe la fortuna que le espera? Aquí me teneis á mí! Sargento á los cincuenta años, en la flor de mi edad!! Pues todo lo debo á la vida militar!

MARIA. Bonita vida!

BAILEN. La vida militar? No hay otra más regalada en este mundo!

LUISA. Tan buena es?

BAILEN. Como que si fuera un poquito mejor, ya no valdría nada!

ROMANZA DEL BAJO

MUSICA.

I.

BAILEN.

Es la vida del soldado
de las vidas la mejor,
con tabaco y aguardiente
y buen pan de municion!
La corneta anuncia tiros
y sablazos el tambor;
y entre fuego y humo y sangre
se divierte como hay Dios!

Al que mata se le asciende!
Al que cae le dan la uncion!
Y si un jefe nos lo manda,
cartuchera en el cañon!
Esta es la vida
del militar!
¡Ayes aquí!
¡Hurras allá!
Y de cien quintos,
uno tal vez
llega á sargento,
cual yo llegué!

CARLOS, MARIA y LUISA. Triste es la vida
del militar!
Ayes aquí!
muertos allá!
y de cien quintos,
uno tal vez
á sus hogares
logra volver!

II.

BAILEN. Nuestro hogar es la cantina!
Nuestro amigo el fusil es!
Nuestra madre la ordenanza!
Nuestro padre el coronel.
Los confites son las balas,
y en verdad, no saben bien;
pero siempre diez por uno
devolvemos al francés.
En materia de muchachas
la costumbre forma ley,
y si tocan á degüello,
no se da jamás cuartel!
Esta es la vida
del militar!
Hembras aquí!

balas allá!
Patria querida,
tuyo es mi ser!
Viva mi España!
Viva el cuartel!

LOS OTROS TRES. Triste es la vida
del militar, etc.

HABLADO.

BAILEN. Ya veis que no hay nada mejor en el mundo. Veintidos años hace que sigo esa carrera á lo largo y á lo ancho, y me va muy bien en ella. Quince años fuí soldado; cinco cabo, y llevo dos de Sargento. Sargento nada ménos! Qué rapidez en los ascensos! Con un poco de valor y otro poco de paciencia, se ganan los grados insensiblemente. Hay quien asciende más de prisa; como, por ejemplo, los que son generales sin haber sido soldados.

CARLOS. Yo haré mi carrera más pronto ó más tarde, y seré uno de tantos.

MARIA. Calla, no digas eso!

BAILEN. No te faltarán ocasiones en que poder distinguirte. Aquí donde me veis, conseguí hacerme notable en el campo de batalla! En Bailén! Por eso me han puesto tan glorioso nombre. Qué hermosa batalla! Un sol de fuego! Un mar de sangre! Una atmósfera de humo! Un huracan de hierro! Un dia de gloria! Y sin embargo, no estoy satisfecho de aquella jornada; había jurado despachar á veinticinco franceses y no pude matar más que veinticuatro y medio... (Risas.) No os riais! Veinticuatro y medio, porque el último sólo quedó medio muerto.

MARIA. Sí, sí, todo eso será muy bueno; pero cuando no se quiere ser soldado.....

BAILEN. Es verdad! Pero como no se trata ahora de un cobarde ni de un mal español.

CARLOS. Vais á conseguir que se aburra el Sargento. Mejor fuera que pensáseis en obsequiarle como es debido.

LUISA. Tienes razon!

MARIA. Pues hasta luégo; volvemos en seguida!

BAILEN. No os molesteis, porque apenas puedo detenerme!

ESCENA VII.

BAILÉN, CÁRLOS.

BAILEN. No puedes figurarte, Cárlos, el placer que siento al pensar que seré yo quien te bautice con fuego y te dé el primer rancho! Y esto será pronto: más pronto de lo que pensábamos.

CARLOS. Por qué?

BAILEN. El general Castaños ha dado órden para que nos pongamos hoy mismo en camino. Parece que allá en Gerona hacemos falta

CARLOS. Conque es necesario partir hoy mismo?

BAILEN. Y muy pronto; ántes de que anochezca.—Ea, ahora que las mujeres están ocupadas!

CARLOS. Teneis razon! La mitad de la vida me cuesta el abandonar á mi hermana, de quien soy el único apoyo, y á esa pobre jóven que me ama tanto! Pero marchándome ahora, evito una cruel despedida.

BAILEN. Perfectamente! Voto á la quinta brigada de artillería! Serás un bravo soldado. Triste es por cierto, abandonar á una linda muchacha; pero ya te irás acostumbrando á esas cosas.

CARLOS. Ah! si supiérais!...

BAILEN. Pues no he de saberlo, yo, que suelo dejar un pedazo de mi corazon en cada pueblo por donde paso?

CARLOS. Bien, Sargento! Pagaré mi deuda á la patria!

BAILEN. Ya lo creo que la pagarás. Ah! se me olvidaba advertirte que harías muy bien en meter en tu morral algunas prendas de abrigo: un chaleco de lana, algunas medias gruesas... porque ahora no estamos muy bien de uniformes; cada uno se compone como puede.

CARLOS. Gracias, Sargento; no olvidaré vuestro consejo, y voy en seguida...

BAILEN. Corriente; yo te aguardo fuera; dentro de un rato vuelvo, y si por casualidad saliese tu novia ó tu hermana, me avisarás con una tosecilla, así... ejem!... ejem!... Yo te contestaré... ajá!... ajá!... y en marcha! Veremos si dentro de quince ó veinte años te veo de cabo en mi compañía. Valor y hasta luégo. (Váse.)

ESCENA VIII.

CARLOS.

Ah! Si yo no vuelvo, si yo muero, qué será de estos dos pedazos de mi alma! Y pensar que dentro de pocos instantes!... Dios mio! Dadme valor! (Se deja caer sobre un banco, ocultando el rostro con las manos.)

ESCENA IX.

CÁRLOS, LUISA, MARÍA.

LUISA. Te digo que yo misma los he oido!

MARIA. Es posible! Cómo, hermano mio! Pretendias engañarnos?

CARLOS. (Turbado.) Yo... engañaros?

LUISA. He oido todo lo que hablabas con ese maldito Sargento. Sábelo, María: la marcha es cosa decidida, y se irán ántes de que cierre la noche. Cárlos quiere abandonarnos y salir del pueblo.

CARLOS. (Todo se ha descubierto!)

MARIA. Y bien, qué contestas á eso?

CARLOS. Despues de todo... si así fuese?... (Las dos se arrojan llorando, una en los brazos de la otra.)

LUISA. Dios mio! Dios mio! Conque era cierto?

CARLOS. Otra vez lágrimas y suspiros!

LUISA. Qué va á ser de nosotras?

MARIA. Yo no lo se; pero en vez de llorar... (Llorando.) debemos ir muy serenas, muy valientes, á echarnos (Se seca los ojos.) á los piés del alcalde, del general, de todo el mundo que te obligue á abandonarnos. Tú dirás: «Señor, yo no quiero partir, yo no quiero que me maten!

Esto no es decir que yo sea cobarde; pero tengo una mujer, tengo una hermana, que han jurado dejarse morir de pena si yo me marcho. Dadme de palos, encerradme en la cárcel y viva España!» Así debe hablarse cuando se tiene corazon y cabeza! Verdad, Luisa?

CARLOS. Y qué crees tú que haría el general si yo siguiese tus consejos?

MARIA. De fijo, conmoverse.

CARLOS. Sí, pero no por eso me buscaría un sustituto.

MARIA. Un sustituto!

LUISA. Oh! qué idea! Uno que fuera en tu lugar? Cuánto le bendeciría yo!

MARIA. Y yo... cuánto le amaría! Si fuera posible encontrar un hombre tan generoso, yo le daría cuanto poseo .. mis cofias, mis cintas, mis pendientes, hasta esta cruz de oro (Señalando la que lleva al cuello.) que perteneció á mi querida madre!

CARLOS. Y sin embargo, con eso no se compra un hombre. (Música en la orquesta.)

MARIA. Pues bien! Porque no te separases de nuestro lado, haría el sacrificio... hasta de mí misma!... Yo creo que valgo tanto como un hombre ó quizá más. Si encontrásemos un sustituto, le diría: «Soy jóven; dicen que soy bonita; algunos murmuran que mi cabeza es un poco arrebatada, pero esto no importa. Tengo un corazon honrado; os pertenecerá desde hoy si salvais á mi hermano. Si partís en su lugar, yo os (Enrique entreabre la puerta de la izquierda y se queda escuchando. Vestirá un chaqueton, blusa y un sombrero de grandes alas que le oculta el semblante.) juro sobre esta cruz bendita doblemente sagrada (La besa.) para mí, que á vuestra vuelta seré vuestra esposa; que os amaré con toda mi alma; que os consagraré mi vida entera, sin creer jamás que podré pagar vuestro sacrificio!

CARLOS. Pobre hermana mia! Siempre haciéndote ilusiones. Eh! (Enrique desaparece por la puerta del fondo.) Qué ruido es ese?

MARIA. Cuál?

CARLOS. Me pareció haber oido... Hay álguien en casa?

MARIA. Sí, un pobre viajero. Le había ofrecido avisarle para cenar, pero con estas cosas... quizá se haya aburrido! No tengo la cabeza para nada! Estoy segura de que la cena se habrá quemado. Eh! buen hombre. (Á la puerta del pajar.) Ya podeis salir.

CARLOS. Mira si se ha dormido.

MARIA. Calle! Pues no hay nadie!

LUISA. Cómo?

MARIA. Y la puerta de la tapia está abierta!

CARLOS. Se habrá marchado!

MARIA. Sin pagar?

LUISA. Si fuera un ladron!

CARLOS. No hay duda, que en el pajar se habría hecho rico!... Ese infeliz se habrá cansado de esperar, y decidiría ir á buscar la cena á otra parte. Nosotros tambien debemos imitarle. Tomemos alguna cosa, y luégo á descansar. (Temiendo estoy que se impaciente el Sargento!)

MARIA. Bien; pero todavía no hemos pensado lo que se ha de hacer.

CARLOS. Tiempo hay de sobra para pensar en eso... Yo no he de partir... hasta dentro de ocho dias.

LUISA. Ocho dias! Pues no has dicho al Sargento?...

CARLOS. Que me marcharía con él; pero no cuándo. Hay que esperar á que nos traigan el uniforme. Ya ves! yo no he de ir á la guerra con esta facha.

MARIA. Ocho dias! Oh! Entónces ya encontraremos medios de salvarte.

CARLOS. Desde luego. Venga, pues, la cena.

MARIA. Voy, voy á buscarla. (Váse.)

ESCENA X.

CÁRLOS, LUISA.

LUISA. Qué dichosa soy en este momento!

CARLOS. (Me parte el corazon, y no sé como decirle... Ea, valor! Es necesario.) Escucha, Luisa mia.

LUISA. Estás turbado! Qué tienes?

CARLOS. María es una niña, una pobre niña; pero tú tienes valor.

LUISA. Dios mio! yo no! Yo no tengo nada de eso, te lo advierto!

CARLOS. Sí tal; ademas, yo te considero ya como si fueras mi mujer, y por lo tanto á tí es á quien debo dar mis instrucciones.

LUISA. Me da miedo! Parece que va á hacer su testamento.

CARLOS. He ocultado la verdad á María y voy á partír esta misma noche.

LUISA. Oh!... (Aterrada.)

CARLOS. Silencio! Es necesario engañarla, pues sería capaz de hacer una locura. Cuando yo haya partido, tú la consolarás, tú que tambien eres su hermana! Respecto á tí, en este supremo instante, te juro que no te olvidaré, y que al volver de la guerra serás mi esposa!

LUISA. Y á mí, quién me dará valor para sufrir tu ausencia?

CARLOS. La esperanza, la fe en mi acendrado amor, en mi promesa.!

LUISA. Dios de mi alma!

CARLOS. Os ireis á vivir juntas á la granja que pensábamos arrendar, despues de haber vendido todos los enseres de esta hostería. Ruperto, el mozo de labranza que tengo ajustado, os guiará... Es un buen muchacho; pero... silencio. María se acerca!

LUISA. Apenas puedo sostenerme!

ESCENA XI.

DICHOS, MARIA, que trae una cestilla con lo necesario para la cena.

MARIA. Vamos, vamos, á la mesa! Ayúdame tú, Luisa. Tú, Cárlos, (Ponen entre ambas la mesa.) te colocas aquí entre las dos.

LUISA. Perdóname; yo no tengo ganas.

MARIA. Y eso, qué importa? Se come sin ganas cuando una es dichosa. Un momento ántes de traer la cena, tuve una

idea escelente para librar á Cárlos.

LUISA. Cuál?

MARIA. Ah! ese es mi secreto! Pero el medio es infalible; y dentro de tres dias...

LUISA. (Abatida.) Tres dias!... (Bailén tose desde fuera.)

MARIA. Eh? quién está allí?

CARLOS. (Dios mio, ya llegó la hora.) Voy á ver... (Se acerca á la puerta del foro.)

LUISA. (Va á partir.)

MARIA. Qué tienes, Luisa?

LUISA. (Sin poder contenerse.) En nombre del cielo, no le dejes salir! Nos ha engañado! Viene en su busca!

MARIA. Ah!

CARLOS. (Ya es tarde.)

MARIA. Quién se atrevería á arrancarlo de nuestros brazos? (Le abrazan.)

ESCENA XII.

DICHOS, BAILÉN, con mochila y fusil.

BAILEN. Salud á la buena gente! Permitid, amigas mias, que por segunda vez os moleste.

MARIA. Qué buscais aquí? Ya podeis marcharos. (Con aspereza.)

BAILEN. Gracias por el recibimiento; pero ántes me permitireis que entregue este papel á mi amigo Cárlos. (Le da un papel que Maria pretende arrebatar.)

MARIA. Voy á romperle inmediatamente.

BAILEN. Nada de tonterías, mi buena amiga, porque si rompiérais ese papel, romperíais su licencia absoluta!

TODOS. Eh?

CUARTETO ~~TERCETO~~ DE TIPLE LIRICA TIPLE LIGERA TENOR Y BAJO

MUSICA.

MARIA. Su licencia?

LUISA. No es posible!

CARLOS. Mi licencia! Cierto es!
Ya no parto! ya soy libre!

MARIA y LUISA. Ah! Yo lloro de placer!
BAILEN. Y el Sargento... ¿qué merece?
MARIA. Un abrazo mereceis!
BAILEN. No me opongo. (La abraza con el brazo derecho.)
LUISA. Y otro mio!
(Bailén la abraza con el izquierdo.)
BAILEN. Lindo grupo por mi fe!
Las *Tres Gracias* no tenían
más encanto que los tres!
CARLOS. Explicadme este misterio
que no acierto á comprender.
BAILEN. Esperad, que en esta carta (Buscándola.)
aclarado lo hallareis!
CARLOS, MARIA y LUISA.
Una carta!
BAILEN. Dirigida viene á vos. (Dándola á María.)
MARIA. Á mí? De quién?
BAILEN. De un galan que no conozco!
MARIA. Debo abrirla?
CARLOS y LUISA. Sí!
BAILEN. Leed!
MARIA. (Leyendo.) «María, no me conoceis! Yo tampoco sé nada »de vos, sino que os he visto desconsolada, deshecha »en lágrimas, por la marcha de vuestro hermano!»
LUISA. El viajero!
MARIA. Sin duda nos escuchaba desde aquella puerta. (Lee.) «Yo voy á la guerra en su lugar!... Voy á reemplazarle! »Vos necesitais de su apoyo y á mí nadie me necesita! »Desde que os he visto pálida y acongojada, desde que »he escuchado vuestra cariñosa voz, os amo con toda »mi alma! Si aceptais mi determinacion, entregad al »Sargento Bailén la cruz de vuestra madre, sobre la »que hicísteis vuestro juramento! Os la devolveré el dia »de nuestra boda. Esperadme dos años; nombradme en »vuestras oraciones, y confiad en vuestro esposo, *Enri-*»*que.*»

—

MARIA. Oh! Qué alma generosa!
¿Quién Enrique podrá ser?
CARLOS. Algun vil aventurero
que hoy explota con doblez
una oferta que á tus labios
arrancó mi suerte cruel!
MARIA. Lo he jurado
CARLOS. Qué locura!
Pasajero dicho fué.
MARIA. Ah! María!
BAILEN. (Lance extraño!)
CARLOS y LUISA. Cede!
MARIA. En vano os oponeis. (Con resolucion.)
Cumpliré mi juramento!
BAILEN. (Vaya un alma de mujer!)

—

MARIA. Por la dulce memoria sagrada
de mi madre que vela por mí,
ser juré la feliz desposada
del que fuera á la guerra por tí!
Y pues hoy esta dicha cumplida
la debemos á un hombre de honor,
suya es ya la ilusion de mi vida!
Suyo el único afan de mi amor!
LUISA y CARLOS. Ofrecerle tu mano es locura
que te expone á un cruel porvenir!
De mi amante pasion la ventura
á tal precio no debo admitir!
BAILEN. (¡Vive Dios, tuvo Enrique meollo;
que es María un leal corazon!
Y cualquier militar por tal bollo
perdonar puede un buen coscorron!)

—

CARLOS. De tu amor el sacrificio
nunca hermana aceptaré.
MARIA. ¿Por qué él mismo no ha venido?
BAILEN. Ya ha ingresado en el cuartel!

LUISA. Resolver sin conocerle
te podrá pesar despues!
BAILEN. Por su traza, no hay cuidado,
que es galan como un doncel!
MARIA. Basta y sobra su alma noble!
CARLOS y LUISA. Eso no!
MARIA. Suya seré!

—

MARIA. En prenda de amores
á Enrique llevad
la cruz que mi madre
me dió al espirar! (Se la da.)
Decidle que espero
con dulce ansiedad
el dia que amante
retorne á mi hogar!
BAILEN. (¡Mil rayos y bombas!
Me ablanda su afan!
Lo mismo que un niño
llorando estoy ya!
¡Bailen, qué vergüenza!
Sargento y llorar!
Parezco un recluta
si lágrimas hay!)
LUISA y CARLOS. Tu loco arrebato
Dios quiera premiar,
colmándote un dia
de amor y de paz!
Tu / Mi } hermana querida
la dicha nos da!
Por ella debemos
al cielo rogar!

DECLAMADO.

Se oye un toque de corneta lejano.

CARLOS. Qué es eso?

BAILEN. La señal de la partida!

MARIA. Cielos! Va á partir y sin que yo pueda conocerle!... Yo quisiera saber...

BAILEN. Si es buen mozo?

MARIA. No! pero... ya veis... Es casi mi marido!

BAILEN. Aún es tiempo de que le veais, siquiera sea de paso. Yo me comprometo á proporcionaros esa satisfaccion. Escuchad. El destacamento ha de cruzar por allí; (Señala al fondo de la montaña.) permaneced en este sitio y reparad bien en el cuarto individuo! Ese será vuestro futuro esposo.

MARIA. Oh! gracias! Al fin podré conocerle!

BAILEN. Adios, mis buenos amigos. Dios sabe si me despido de vosotros hasta la eternidad! (Pues no estoy otra vez á punto de soltar las lágrimas?) Mil piedras de chispa. Sargento Bailén, firmes! Media vuelta, marchen! (Váse.)

ESCENA XIII.

MARÍA, LUISA, CÁRLOS.

LUISA. Pero esto es un sueño! Es la felicidad inesperada!

CARLOS. María, reflexiónalo bien! Es imposible que yo consienta tu desgracia.

MARIA. Quién te ha dicho que soy desgraciada? Ese hombre me quiere y yo le querré á él, y nadie tiene que ver con eso! No soy yo libre? No es libre él? Pues nos da la de querernos!

CARLOS. Quién no ha de quererte con ese corazon de ángel?

MARIA. Ahora no tenemos tiempo para piropos.

LUISA. María de mi alma! Cuánta felicidad te debemos!

MARIA. Callad! Ya se acercan! Son ellos! Dios mio, valor!

CARLOS. Ya llegan!

MARIA. Allí están. (Con emocion y curiosidad.)
CARLOS. Quisiera poder estrechar su mano!
LUISA. Yo quisiera bendecirle!
MARIA. Vamos á verle! Será el cuarto de la fila!

MUSICA.

Empiezan á aparecer: los aldeanos y á su tiempo el coro de quintos, que cruzan lentamente por delante de la puerta al compás de una marcha militar. Enrique llevará el sombrero echado sobre los ojos. Al empezar á subir el camino de la montaña mostrará á María su cruz llevándola luégo á sus labios.

CORO GENERAL. Deber cruel
ordena ya,
partir, partir,
marchar, marchar.
QUINTOS. (Dentro.) Marchemos, marchemos,
lleno el corazon
de entusiasmo ardiente,
y patrio valor.

—

(Aparecen marchando en formacion con Bailén.)
Lejos de la aldea
que hay que abandonar,
su recuerdo santo
nada borrará.
BAILEN. Rataplán! Rataplán!
plan! plan! plan!
QUINTOS. Rataplán! Rataplán!
plan! plan! plan!
CARLOS y LUISA. Dios sus bendiciones
quiera derramar
sobre el que á mi pecho
dió consuelo y paz!
MARIA. (No le he visto el rostro!
Mas sin vacilar,

juro que es su alma
bella sin igual!)

BAILEN. Premios en la guerra
para todos hay.
Viva nuestra España,
vamos á luchar!
Rataplán! Rataplán!
plan! plan!

QUINTOS. Rataplán! Rataplán!
plan! plan

ALDEANAS. Dentro de mi alma
siempre sonará
ese penetrante
canto militar!
Rataplán! Rataplán!

(Al llegar á lo alto de la montaña, Bailén y los quintos se detienen un momento y saludan á los demas, que les contestan agitando algunos pañuelos. Enrique, que lleva la cruz sobre su pecho, se descubre para saludar, dejando entrever el rostro solo un momento. María cae desmayada en brazos de Luisa.—Bailén y los quintos siguen su camino al mismo tiempo que cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa el patio interior de una granja. Á la izquierda las habitaciones principales, y á la derecha un pabelloncito. Al fondo se divisa el paisaje. En la escena habrá dos mesas, una algo grande á la derecha, y otra más pequeña á la izquierda. Sillas de madera.

ESCENA PRIMERA

CORO DE ALDEANOS de ambos sexos, á la derecha. Criados de la granja á la izquierda, RUPERTO en el centro.

MUSICA.

ALDEANOS. Decidnos pronto,
decid, vecinos,
si la noticia
segura es,
y si ya vuelven
á sus hogares
los que luchaban
con el francés.

RUP. Pues ya lo creo
que cierto es.

CRIADOS. Así las cartas

del amo dicen;
y en las *Gacelas*
se lee tambien,
que allá en Tolosa
tan bravos fueron,
que ya de España
se va el francés.

CORO GENERAL. Víctor á los valientes,
y un víctor más
á { vuestro / nuestro } jóven amo
que vuelve ya.

ESCENA II.

DICHOS, LUISA.

LUISA. Gracias, amigos,
por vuestro afan.
De la guerra mi esposo
hoy llegará.

CORO GENERAL. Y saldrá á recibirle
todo el lugar.

LUISA. Dos años há que Cárlos
ausente está de aquí;
dos años que la esteva
trocó por el fusil.
Mas Dios le ha protegido,
y en lucha pertinaz
ganó fama de bravo
y honrado militar.

ALDEANOS. Gracias al cielo
que hoy vuelven ya
los que dejaron
su alegre hogar.

LUISA. Id todos á su encuentro,
pues deben hoy llegar,
y sean vuestros brazos

los nuncios de la paz.
De guerras y fatigas
cansados volverán,
y es justo que la dicha
encuentren en su hogar.

ALDEANOS. Salgamos á su encuentro,
pues deben hoy llgar,
y sean nuestros brazos
los nuncios de la paz.
Vamos, vecinos,
vamos allá.
Ya ver deseo
su aire marcial. (Vánse muy animados.)

ESCENA III.

LUISA, RUPERTO.

HABLADO.

RUP. Conque de veras llega hoy nuestro amo?

LUISA. Así dice la carta que ayer recibí de mi marido. Cuánta será su alegría al abrazar á su hijo, que aún no conoce!

RUP. Ya lo creo! Al año escaso de vuestro matrimonio, os dejó en vísperas de dar al mundo un heredero!

LUISA. Dónde está María?

RUP. Anda como una loca desde ayer con la carta de su hermano. Se la lee á todo el mundo; va á la iglesia; llora; reza; rie; se dirige á la ermita del cerro por si le ve llegar desde allí, y no está dos minutos seguidos en un mismo sitio. Pero aquí la teneis. Ahora me toca á mí trepar hasta la cumbre del monte por si diviso algo. Vendré á avisaros más ligero que una liebre. (Váse.)

LUISA. Pobre Ruperto! Bien corresponde al cariño y á la confianza de Cárlos.

ESCENA IV.

LUISA, MARÍA, con una carta.

MARIA. (Fatigada.) Pues, señor, no sé cómo han podido ganar una batalla siquiera, con esa calma!

LUISA. Segun eso, crees que ya debían haber llegado?

MARIA. Digo! El diez de abril se dió la célebre batalla de Tolosa, en que derrotadas las tropas del Mariscal Soult, tuvieron que refugiarse en Francia. Concluida así la guerra, dióse la órden de que volvieran á sus hogares cuantos españoles combatían contra el extranjero; y hoy, veinticinco de mayo, todavía no ha vuelto mi señor hermano. Conque si esto es tener prisa, que venga Dios y lo vea!

LUISA. Pobre Cárlos! Crees que tan fácilmente se hace un viaje á pie, atravesando média España, despues de haber peleado sin descanso durante dos años?

MARIA. Estaba de Dios que al fin había de ser soldado! De qué nos sirvió que aquel pobre jóven, de quien no hemos vuelto á tener noticias, fuera en su lugar á la guerra? La desgraciada batalla de Talavera, hizo que todos los hombres útiles del país, y entre ellos Cárlos, tomaran las armas para defender su patria. Pero ya no debemos pensar más que en la inmensa felicidad que nos aguarda. Va á venir! Aquí lo dice! Vaya si lo dice!

LUISA. Cuántas veces has leido esa carta?

MARIA. Cuántas? Mil, diez mil, qué sé yo cuántas veces! Y no he de parar hasta que me la aprenda de memoria. (Lee.) «Adorada Luisa; querida hermana:» Estas diferencias son las que me cargan; como si no pudiera adorarme lo mismo que á tí. «La guerra ha terminado, gracias á »Dios, y al valor desesperado de nuestros valientes. Nos »han dado la órden de volver á nuestras casas, y esta »misma tarde me pongo en camino.» Y hace cerca de un mes que está caminando! (Con vehemencia.) En ese tiempo soy yo capaz de dar la vuelta al mundo!

LUISA. Acuérdate de lo que dice en seguida.

MARIA. Sí, sí, aquí está escrito. «Caminaré con alguna lentitud »por el estado del capitan Cerralvo que irá en mi com»pañía. El pobre está aún algo débil á causa de sus úl»timas heridas. Es un bravo militar con quien hice amis»tad en Mequinenza, debiéndole más de un señalado »favor. Mi capitan va á algunas leguas más allá de »nuestro pueblo, y quisiera detenerle algun tiempo en »nuestra compañía. Á pesar de su carácter un tanto »áspero, tiene muy buen corazon, y la alegría de mi »hermana podrá desvanecer fácilmente su negro hu»mor.» No creo eso tan fácil. Será algun viejo gruñon, y entónces... «De todos modos, espero que el dia vein»ticinco pueda abrazaros y colmar de besos al hijo de »mi alma.» La impaciencia me consume, y no sé qué haría! Estoy por adelantar el reloj de la iglesia!

LUISA. Con lo cual no dejaría de venir ántes. Qué loca eres!...

MARIA. Loca! Porque no vivo ni sosiego hasta verle á nuestro lado. Lo que más me disgusta, es que nos traiga un huesped, y nada ménos que un señor capitan, que será un viejo con bigotes blancos, tremendos, y una gran cicatriz en el carrillo!

LUISA. Y por qué siempre que lees la carta, te olvidas de la posdata?

MARIA. La posdata? Como en ella no hay nada de nuevo!

LUISA. «He tratado de informarme por todas partes de aque »buen hombre que se alistó por mí, pero inútilmente. »El batallon de cazadores de Barbastro, á que pertene»cía, fué destrozado en la rendicion del castillo de Pe»ñíscola en febrero de mil ochocientos doce.»

MARIA. Pobrecillo! sin duda habrá muerto!

LUISA. Y nosotras sin ocuparnos de él jamás! De él, á quien tanto debemos!

MARIA. (Con calor.) Tú le habrás olvidado, porque la felicidad es egoista; pero yo no he dejado pasar un solo dia sin pensar en aquel hombre! sin rogar á Dios por él! Dos años me dió de plazo en su carta para volver, y va á hacer

cuatro que partió; pero á pesar de esto (Con resolucion.) aun hoy le cumpliría mi palabra.

LUISA. Bah!

MARIA. No lo dudes! Y permaneceré fiel á ella hasta que no sepamos fijamente si ha muerto ó si vive. Habrá tantos heridos y prisioneros!

LUISA. Eso sí! No ha tenido poca suerte nuestro querido Cárlos... (Rumor.)

RUP. Señora! Señorita!.. Aquí tenemos al amo!

LUISA y MARIA. Eh? (Van hácia la puerta.)

CARLOS. (Dentro.) En donde estais?

MARIA. Es él! Hermano mio!

LUISA. Cárlos de mi alma!

CARLOS. Luisa! María!

ESCENA V.

DICHOS, CÁRLOS y ENRIQUE en traje militar y CORO GENERAL DE ALDEANOS, conduciendo sables, un fusil, fornituras, maletas, etc.

MUSICA.

CORO.
Vedle ya entre nosotros!
Torna al fin á su hogar!
¡Viva, viva nuestro amo
y el señor militar!

CARLOS.
Soy feliz al presentaros
á mi bravo capitan.

MARIA y LUISA.
Oh señor!

ENR.
Un camarada
soy de Cárlos nada más.

CARLOS.
Veis qué bueno?

MARIA y LUISA.
Os ofrecemos
el cariño más leal.

ENR.
Gracias mil! Tambien yo en cambio
os ofrezco mi amistad!
Mas conmigo en este dia

la atencion de sobra está.
Vuestro esposo y vuestro hermano
la reclaman.

TODOS. Qué bondad!

CARLOS. Oh luz del alma mia, (Á Luisa.)
mi eterno y solo amor!
Dulcísima María!
Aquí por siempre estoy!

LUISA. Oh Cárlos adorado!
Mi ruego el cielo oyó!
El gozo innunda el alma
ya libre de dolor!

MARIA. (No sé lo que me pasa
que así temblando estoy,
de gozo inexplicable,
de grata sensacion!)

ENR. (Feliz el pobre Cárlos,
su anhelo consiguió,
y de su hogar le anima
el plácido calor!)

CORO. La pena de dos años
los tres olvidan hoy!
Al verlos tan felices
se ensancha el corazon!

LUISA. Tu recuerdo ni un instante
de nosotros se alejó.

MARIA. No hay un santo ni una santa
que no sepa mi oracion!
Pero tú... soldado al cabo,
y en campaña... sabe Dios...

CARLOS. Que responda mi valiente
capitan.

ENR. No os olvidó!

—

Entre el humo del combate
y el estruendo del cañon,
á mi lado el pobre Cárlos

suspiraba por las dos!
Pero el hombre que de el mundo
nada espera como yo,
á la muerte le pedía
su descanso por favor!

TODOS. Tristes palabras
las suyas son!
Grande es su pena
y su dolor!

ENR. Al volver á sus hogares,
todos hallan junto á sí,
tierna madre ó dulce esposa
que le pueda hacer feliz!
¡Ay del mísero soldado
que al volver á su país,
ni una cara amiga encuentra
que su pecho haga latir!

CORO. Vuestros amigos
somos aquí!
Y entre nosotros
sed hoy feliz!

DECLAMADO.

LUISA. Cuánto hemos llorado!

MARIA. Cuánto hemos pedido á Dios por tu vida!

CARLOS. Hermana mia! Mi amada Luisa! Pero... y mi hijo?... mi hermoso hijo, que aún no le conozco?

LUISA. Chist! Está durmiendo!

CARLOS. Durmiendo!... Y es así como recibe á su padre? Oh! Corro á estrecharle contra mi corazon! Permitidme, mi capitan, ardo en deseos de conocer á mi hijo! (Váse.)

MARIA. (Á Luisa.) Sabes que el capitan es muy guapo? (Y yo que me lo había figurado viejo, con bigotes blancos!

LUISA. Sólo has acertado en lo de la cicatriz! (Vuelve á aparecer Ruperto con los Aldeanos. Todos se quedan contemplando á Enrique.)

RUP. Mirad, mirad qué pensativo está el capitan! Qué valiente será cuando tiene tan jóven las dos charreteras! (Cuántos franceses habrá mandado al otro barrio!)

LUISA. (No haces más que mirarle!

MARIA. Tienes razon. Y no basta mirarle!

LUISA. Hola!

MARIA. Es preciso que le hablemos de cualquier cosa, ó pensará que somos unas záfias incapaces de seguir una conversacion. Ahora verás tú.)

LUISA. (Siempre tan contenta!)

MARIA. (Á Enrique.) Vendreis muy cansado!

ENR. Un poco (Breve pausa. María mira á Luisa como admirada de tanto laconismo.)

MARIA. Supongo que estareis algunos dias á nuestro lado?

ENR. Oh! no! (Otra vez pausa y mirada á Luisa.)

MARIA. Es decir que... pudiera suceder que nos abandonáseis hoy mismo?

ENR. Sí! (Pausa, etc.)

MARIA. Pues creed, capitan, que lo sentiríamos mucho!

ENR. Bah!

MARIA. (Jesús, qué hombre tan callado! Cuando yo no le hago hablar!... Qué lástima que sea medio mudo!)

CARLOS. (Entrando.) No hay un chico más hermoso en veinte leguas á la redonda! Figuraos, capitan, que es mi vivo retrato; tanto, que si tuviera mi gorra de cuartel y mis bigotes, nos confundirían á ambos. Amigos mios! (Á los Aldeanos.) Esta tarde, para que celebreis mi vuelta, abriremos un tonel del vino más añejo. Es preciso brindar mucho por mi capitan!

TODOS. Viva nuestro amo! Viva el señor capitan! (Vánse cantando la estrofa *Vedle ya entre nosotros*, etc.)

ESCENA VI.

LUISA, MARÍA, CÁRLOS, ENRIQUE.

CARLOS. Qué placer! Hoy es el dia más dichoso de toda mi vida! Pero qué me decís de mi buen capitan? Sin él (Á María.)

te habrías quedado sin tu hermano, y tú, Luisa, estarías viuda.

MARIA. Qué dices?

LUISA. Es posible!

ENR. Vamos, Cárlos, quieres avergonzarme ahora con el eterno relato de esa historia?

CARLOS. Avergonzaros! Veis esa enorme cuchillada que le atraviesa la frente? Pues fué un sablazo que venía dirigido á mí.

LUISA. Conque os debo la vida de mi esposo?

MARIA. Y hablabais de partir hoy mismo!

ENR. Estoy confuso, mis buenas amigas, pues no he hecho nada para merecer tantas bondades. Si es verdad que tuve la fortuna de prestar á Cárlos algunos ligeros servicios en la guerra, eso se hace diariamente entre camaradas, y no merece la pena de que se recuerde.

CARLOS. Opino de modo contrario; y si correspondieseis á la amistad que aquí os profesamos, os quedariais á vivir con nosotros.

ENR. Yo! (Confuso.)

CARLOS. Vos, sí. Hace tanto tiempo que vengo acariciando esta idea!... Mira, Luisa; traenos una botella de buen vino, para dar más expansion á nuestras palabras.

LUISA. Al instante. (Sale y vuelve con botella y vasos.)

CARLOS. (Sentándose con Enrique á la mesa.) Pues como iba diciendo, aquí tenemos buenos vecinos; excelentes amigos; vos seriais el más querido de todos ellos; viviendo aqui, ocupariais ese pabelloncito, haciendo en él lo que mejor os acomodase! Qué vida, capitan! Por la mañana, sesion de pipa, con la gorra de cuartel sobre la oreja; á la hora de comer, una botella de lo añejo, y luégo un ratito de conversacion, durante la cual refeririamos nuestras campañas á las gentes del lugar. ¿Qué os parece?

MARIA. Magnífica idea!

LUISA. Aceptais; ¿verdad, capitan?

ENR. Mi buen Cárlos! Me has conmovido, te lo juro; pero no

puedo aceptar tus ofrecimientos! Es necesario que nos separemos. (Se levantan.)

CARLOS. Sí! Para ir á vivir solo en vuestra casa de Daroca. Quizá no os agrada este país?

ENR. Todo lo contrario! Es bellísimo!

CARLOS. Será entónces que mi mujer no os habrá inspirado símpatías?

ENR. Oh, no tal.

CARLOS. Ó que mi hermana...

ENR. Tu hermana... tu hermana es un ángel de bondad y de hermosura!

MARIA. (Mucho ha tardado en decirlo; pero en fin...)

CARLOS. Pues entónces qué es?...

ENR. Nada, nada absolutamente, pero necesito marcharme. Quisiste que conociera á tu familia y... ya la conozco! Veo que sois muy dichosos y me complazco en ello. Qué sería yo aquí entre vosotros? un ave de mal agüero! No! Es necesario qne parta!

LUISA. Qué obstinacion! Y yo que ya había hecho colocar vuestros efectos en ese pabelloncito tan lindo!

ENR. Sois muy buena, pero no me es posible complaceros; y si Cárlos no da órden para que me busquen un carruaje ó un caballo, yo mismo... (Hace ademan de irse.)

CARLOS. Seriais capaz de iros á pié, capitan? Vais á hacerme al ménos el favor de deteneros hasta la tarde! hasta la tarde nada mas! Ya veis que no es mucho pedir.

ENR. Bien, te complaceré. (Se sienta y queda pensativo.)

CARLOS. (Pues yo no cedo! Tengo un proyecto!)

LUISA. (Cuál?)

CARLOS. (No crees que sería un buen marido para María?)

LUISA. (Ya lo creo! Excelente!)

CARLOS. (Vente conmigo. María, procura decidirle á que se quede. Sé con él muy amable!)

MARIA. (Pero si apenas me habla! Si ni siquiera me mira!...)

LUISA. (No importa! Como tú quieras, él te mirará.)

ESCENA VII.

MARÍA, ENRIQUE.

Enrique estará sentado de modo que dé la espalda á María, creyéndose solo. Saca una pipa, yesca, eslabon, etc., y la enciende. María se sienta al extremo opuesto y se pone á hacer calceta.

MARIA. (Qué aire tan triste! (Contemplándole.) Y la verdad es qué triste y todo, tiene muy buena figura!)

ENR. Ah!

MARIA. (Suspira!... de fijo le ha engañado alguna mujer. Eso se conoce á la legua.)

ENR. No pensemos más en esto: es un sueño irrealizable!)

MARIA. (Quisiera saber en qué piensa, aunque no fuera más que para consolarle de esa pena que al parecer le abruma! Pero si no repara en mí! Qué haría yo para llamar su atencion?... Ah!, ya sé. (Tose.) No me ha oido!... á ver si con este otro medio... (Deja caer algo de la mesa.)

ENR. Ah! Estabais ahí?

MARIA. Me he quedado trabajando. (Gracias á Dios que me ha visto!)

ENR. Perdonad! Yo no sabía... (Y ese Cárlos que me deja solo!)

MARIA. (Mentira parece que haya hombres que se acobarden delante de una mujer, y no teman asaltar una brecha!)

ENR. (Tendré que decirle alguna frase almibarada, de esas que agradan tanto á las mujeres.) ¿Os incomoda el humo de la pipa?

MARIA. Qué ha de incomodarme! Yo no soy de esas melindrosas que de todo hacen ascos.

ENR. (Qué hermosa es!)

MARIA. Y si os quedarais con nosotros, ya veriais... Verdaderamente que no sé cómo teneis valor para marcharos de esta casa!

ENR. Cierto que es necesario valor para abandonar á unas

personas tan cariñosas; pero aquí hay un peligro para mí.

MARIA. Un peligro?

ENR. Sí! El de que yo llegara á amaros.

MARIA. Quién, vos? (Vamos, no está eso mal dicho para un hombre tan brusco.)

ENR. Esto, como comprendereis, no pasa de ser una suposicion; porque jóven y linda como sois, ya me figuro que no os faltarán adoradores, novio quizá, y entónces sería yo bien necio en enamorarme de vos.

MARIA. Novio yo? No, no por cierto! Nunca le he tenido.

ENR. De veras, María? (Acercando su silla.)

MARIA. (Ya se acerca un poquito.)

ENR. Pero no: eso no es posible; y ademas, vuestro hermano desea casaros...

MARIA. Casarme?

ENR. Sí! Muchas veces me hablaba de sus proyectos; de los deseos que tiene de veros casada; pero yo puedo aspirar á ser vuestro verdadero amigo.

MARIA. Ya lo sois, capitan; os debemos la vida de mi hermano, y vuestra suerte no puede ménos de interesarnos. Yo tambien quiero ser vuestra verdadera amiga, para tener algun derecho de preguntaros la causa de vuestros suspiros; de la profunda tristeza que en vos se advierte. (Se levanta.)

ENR. La felicidad no se ha hecho para mí! He sido siempre muy desgraciado. Jamás un dulce sentimiento ha hecho agradable mi existencia!

MARIA. Ninguno?

ENR. Ninguno.

MARIA. Al ménos el cariño de vuestra madre?

ENR. Mi madre!... No la he conocido!

MARIA. Ah!

ENR. No hubiera sido tanta mi desgracia! Mi severo padre, en vez de compartir conmigo el inmenso cariño que le merecia mi hermano, me trataba, no sé por qué, con extremado rigor. Para mi hermano había siempre cari-

cias, dulces palabras; para mí sólo desden y castigos!

MARIA. (Desdichado!)

ENR. Al fin llegó un dia en que ya no me fué posible resistir tanta injusticia. Huí de la casa paterna, y... me alisté en el ejército para endurecer mi alma! Vano recurso! Á pesar de la rudeza de mi carácter, había en mi corazon una inmensa ternura! Pero yo estaba herido, lastimado por la indiferencia de los hombres! Hubo un tiempo en que llegué á odiarlos!

MARIA. Y á las pobrecitas mujeres, las odiasteis tambien?

ENR. Las mujeres! Mi desdichada suerte me alejó siempre de ellas. Una sola vez me creí dichoso!

MARIA. Sí?

ENR. Pensaba haber encontrado la que debía hacer la felicidad de toda mi vida!

MARIA. Es decir... vuestra esposa!

ENR. Sí, María! Pero aquella dulce esperanza fué una vana ilusion que el tiempo se encargó de disipar bien pronto!

MARIA. Ah!

ENR. Hé aquí por qué tantas veces he buscado la muerte; pero soy tan infeliz, que ni la muerte me ha querido!

MARIA. (Pobre capitan! Tan valiente y con un alma tan noble!...) (Con cariño.) Vamos, es preciso no desesperar. Todavía teneis amigos que os aman; que desean vuestra felicidad; mi hermano por ejemplo... y yo tambien!

ENR. Vos, Maria!

MARIA. Sí! Yo, que me siento conmovida al oiros contar vuestras desgracias!

ENR. (Dios mio! Qué debo hacer!)

MUSICA.

MARIA.

Porque os falte la alegría
no lloreis con tal rigor!
Si es la dicha flor de un dia,
nunca eterno es el dolor!
Y sintiendo pena fiera,

hallareis mayor placer
cuando abrais el alma entera
al amor de una mujer!

ENR. Es amor alegre niño
que va en pos de la ilusion,
y se aleja sin cariño
de un marchito corazon!
Si del mio así no huyera,
no sabeis con qué placer
abriría mi alma entera
al amor de una mujer!

MARIA. Tened esperanza!

ENR. Á qué consentir?
Mi vida no alcanza
mejor porvenir!

MARIA. Hallais imposible
que algun corazon
se muestre sensible
á vuestra pasion?

ENR. Con tanta fortuna
jamás me vereis!

MARIA. Acaso hay alguna...

ENR. Seguid... No calleis!

MARIA. Señor!... Yo decía...

ENR. (Se turba! Gran Dios!...)
María!... María!...

MARIA. (Qué he dicho?)

ENR. Sois vos?

MARIA. (Oh! yo desvarío!)
Dejadme!

ENR. Pues bien!
Yo te amo!

MARIA. Dios mio!

ENR. Piedad de mí ten!

—

ENR. Mi pecho ya te ama
y un corazon te entrego

que se abrasó en la llama
de tu mirar de fuego!
¡Feliz si en tal momento
me juras serme fiel!
Yo sé que á un juramento
no faltarás cruel!

MARIA. (Oh Dios! Ese recuerdo
desgarra el alma mia!
La fe jurada pierdo
en esta lucha impia!)
Dejadme por el cielo!
No me obligueis cruel!
(De mi valor recelo!
No debo ser infiel!) (Váse precipitadamente.)

ESCENA VIII.

ENRIQUE, luégo CÁRLOS.

DECLAMADO.

ENR. Aquella turbacion... aquella lucha de sentimientos!... aquel inmenso afan de su alma... Oh!... Me ama! Y yo maldecía mi estrella! Dios mio! Qué ingrato era con vos!

CARLOS. Pues señor! Puesto que no hay remedio, vengo á anunciaros que ya está listo el caballo en que habeis de partir despues de comer.

ENR. No, amigo mio! Ya no me voy!

CARLOS. Será cierto?

ENR. Ciertísimo! Oh, si tú supieras!... Ya no soy aquel hombre desgraciado, pese á su juventud y á sus dos charreteras! Ya me sonrie un porvenir de felicidad, y me atrevo á hacerte una peticion para ser el más dichoso de los mortales.

CARLOS. Vos una peticion, y á mí? (Dios mio! Si se realizarán mis proyectos!)

ENR. ¿Me concedes la mano de tu hermana?

CARLOS. De mi hermana? De María?

ENR. Oh! sí, no me la niegues!

CARLOS. Qué he de negaros! Si pensé mil veces ofrecérosla! Si eso es para mí el colmo de la ventura! Oh! mi capitan! (Se abrazan.)

ENR. Amigo de mi alma!

CARLOS. Amigo no, hermano! Estoy llorando de gozo! Pero, decidme. La amais mucho?

ENR. Más que á mi vida!

CARLOS. Y ella á vos?

ENR. Ella... Creo que sí.

CARLOS. Bien! Muy bien! Perfectamente! Ahora necesito veros aquí reunidos! Necesito gozar viendo ese cuadro de ventura! Luisa! María! (Váse haciendo extremos de satisfaccion.)

ESCENA IX.

ENRIQUE.

Ella va á venir! Mi presencia la impediría explicar la lucha que hay en su alma! Oculto en ese pabellon podré escuchar la verdad de sus sentimientos. (Entra.)

ESCENA X.

CÁRLOS, LUISA.

CARLOS. Pero en dónde está María?

LUISA. Acaba de entrar en su cuarto deshecha en lágrimas.

CARLOS. Lo comprendo! Pobre hermana mia! Ella tan pura, tan inocente! Debe sentirse turbada con su primer amor. Pero yo sabré tranquilizarla! María! María!

LUISA. Te has vuelto loco?

CARLOS. Creo que sí; pero es de alegría! Oh! Si tú supieras! Se va á cumplir el mayor de mis deseos!

ESCENA XI.

DICHOS, MARÍA.

MARIA. Me llamabas, Cárlos?

CARLOS. Ven aquí, hipocritilla! Ven á decirme la causa de ese llanto!

MARIA. Oh! No es nada!

CARLOS. Una pequeña nube de verano que yo me encargo de desvanecer. (Hace señas á Enrique, que se habrá asomado al pabellon, á fin de que se oculte.) Oye, María. El capitan acaba de decirme que te ama.

MARIA. Lo sé.

CARLOS. Y tú?

MARIA. Yo...

LUISA. Ella le ama tambien! No ves su temor? su turbacion? Conozco eso perfectamente! Lo mismo me sucedía á mí con tu hermano cuando éramos novios.

MARIA. Pues bien, yo... no le amo! (Despues de un gran esfuerzo.)

ENR. (Qué escucho!)

CARLOS. Ahora salimos con esas?

MARIA. Me han interesado sus desgracias; conozco que es un excelente jóven; que sería feliz, muy feliz á su lado; pero á pesar de todo, jamás me casaré con él!

ENR. (Cielos!)

LUISA. Qué dices?

CARLOS. Y por qué no te casarás?

MARIA. Porque pertenezco á otro!... Á otro á quien he dado mi palabra; á quien hice un juramento solemne! Ya veis que no soy libre.

CARLOS. Pero aún piensas en aquella locura?

MARIA. Sí! Pienso en Enrique, porque tal es mi deber. Al enviarle la cruz bendita de mi madre, contraje con él verdaderos esponsales! Si ahogando mi gratitud con otro sentimiento, tomase al capitan por esposo, el dia que apareciese aquel infeliz, tendría derecho para decirme: «Yo os conservé á vuestro hermano... me sois deudora de la felicidad que disfrutais! Por vos he sufrido todas las penalidades de la guerra; y cuando vuelvo loco de alegría en busca del premio prometido, os encuentro unida á otro hombre! Sois una infame que despreciasteis mi sacrificio! Me habeis engañado mise-

rablemente!»—Hermanos mios, hermanos mios! Si tal sucediese me moriría de dolor y de vergüenza!

CARLOS. Pero si no ha de volver!

LUISA. Pero si todo el mundo te dice lo mismo! (Enrique sale y escucha con alegría.)

MARIA. No, y mil veces no! Yo seré fiel á mi juramento aunque el cumplirlo me cueste la vida! (Enrique sale y pausadamente se acerca.)

ESCENA VII.

DICHOS, ENRIQUE.

ENR. Y si por ventura fuese yo el hombre que sustituyó á vuestro hermano?

MARIA. Vos?—Enseñadme mi cruz!

ENR. Vuestra cruz? (Aterrado.)

MARIA. Sí, pero qué teneis? Esa turbacion!

ENR. No, no! Qué desgracia, Dios mio!

MARIA. Qué, no la teneis?

ENR. No! La confié á otro en un terrible momento en que temí... y ahora no sé...

MARIA. Oh! Mi cruz! Devolvedme mi cruz!

ENR. Imposible! Pero qué importa si me amais y os amo?

MARIA. Ah! ya empiezo á comprender!... Vos no sois el hombre que yo esperaba!

CARLOS. Qué dices?

ENR. Cómo! Seriais capaz de dudar?...

MARIA. Sí! Esto no era más que un ardid, una farsa concertada con mi hermano!

CARLOS. Conmigo?

MARIA. Sí tal! Le habrás contado lo sucedido con Enrique.

CARLOS. Posible es que alguna vez en campaña, durante las horas de descanso, pero...

MARIA. Lo ves? Y vos caballero, (Indignada.) no habeis temido abusar de mi credulidad, de mi buena fé para hacerme desgraciada?

ENR. Pero, María!...

MARIA. Ni una palabra más!... No quiero oiros, no quiero veros! Me habeis engañado!

ENR. (Desesperado.) (Mi estrella! siempre mi maldita estrella! Por un momento creí alcanzar la felicidad despues de tantos infortunios; pero veo que esto es imposible!) Está bien! Podeis vivir tranquila. No volverá á importunaros mi presencia! (Entra precipitadamente en el pabellon.)

ESCENA XIII.

MARÍA, CÁRLOS, LUISA.

CARLOS. Y ahora lloras?

MARIA. Sí! Lloro porque soy muy desgraciada.

CARLOS. Eso es! y en prueba de tu cariño, te complaces en atormentarle á él! á mi mejor amigo!

MARIA. Un hombre que aspiraba á ocupar el puesto de un desdichado!

CARLOS. Un hombre que te ama! Que te dice la verdad!

MARIA. Pues por qué no me presenta mi cruz?

CARLOS. Pero tú crees que en campaña es posible conservar esas cosas? Además, aun cuando el capitan no fuera mi sustituto, nada hubiera importado, pues al fin y al cabo, el otro no ha de volver!

MARIA. Lo crees así?

CARLOS. Sí, y mil veces sí! Yo te lo aseguro!

ESCENA XIV.

DICHOS, RUPERTO.

Música en la orquesta, del primer acto.

RUP. Señor!

CARLOS. Qué ocurre?

RUP. Acaba de llegar á la granja un pobre soldado, que pregunta por la señorita María.

MARIA. Por mí?

LUISA. Dios mio! Si será?...

CARLOS. Qué trazas tiene?

RUP. No muy buenas; un aspecto miserable! Dice que estuvo aquí hace cuatro años... que le conocen todos... y que viene á entregar no sé qué cosa á la señorita María.

MARIA. Es él! Ves como no me he equivocado? Oh! mi corazon raras veces se engaña, y bien sabía que ese hombre vivía aún!

CARLOS. Dile que entre.

RUP. Por aquí, buen hombre, por aquí!

MARIA. No me atrevo á mirar!

ESCENA XV.

DICHOS, BAILEN, vestido con un pobre traje militar y con la barba crecida y entre cana. Llevará un palo enorme en una mano, y en la otra un cordon, á cuyo extremo irá atado un perro.

MÚSICA.

Salud, amigas mias!
Dios guarde vuestro hogar!
y en vuestros corazones
derrame santa paz!
Si de este veterano
recuerdo conservais,
los brazos ved abiertos
del viejo militar!

MARIA, LUISA y CARLOS.

Bailén! Tomad los mios
en prenda de amistad! (Lo abrazan.)

BAILEN. El cielo premie
tanta bondad!

MARIA, LUISA y CARLOS.

Qué fatigado!
Qué viejo está!

BAILEN. Al fin os veo!

logré mi afan!

MARIA, LUISA y CARLOS.

(Del pobre ausente,
qué nos dirá!)

DECLAMADO.

BAILEN. (Á Ruperto.) Oye tú, buen mozo! Lleva este fiel animal á donde haya comida, porque está en ayunas.

RUP. Qué bonito perro!

BAILEN. Es perra! Yo prefiero en todo las hembras!

CARLOS. Y vos, no quereis tambien tomar algo?

BAILEN. Más tarde; cuando haya descansado de mi jornada de hoy.

CARLOS. De dónde venís, Sargento Bailén?

BAILEN. De Cádiz, nada ménos. Hé aquí mi cabalgadura. (Por el palo.)

MARIA. Cómo de tan lejos?

BAILEN. Oh! De poco os asombrais. Desde que pisé tierra de España ya me creí dichoso! Pero ántes, cuántos trabajos! Dos años prisionero en Francia! sin recursos, sin amigos, sin poder matar un mal francés siquiera! Figuraos!...

CARLOS. Pobre Bailén!

MARIA. Y decidme, Sargento; el jóven que partió con vos?...

BAILEN. Qué jóven?

MARIA. El sustituto de mi hermano, el de la cruz!

BAILEN. Ah! precisamente vuelvo aquí por su causa... con una mision.

MARIA. De él? Hablad al instante!

BAILEN. Pues habeis de saber... Lléveme el diablo! Traía preparado un discurso para haceros tragar la píldora; un discurso magnífico, pero se me ha olvidado en el camino. En fin, lo mejor será decir mi comision á paso de carga, y manifestaros que aquel pobre jóven...

MARIA. Qué?

BAILEN. Murió en la batalla de Peñíscola.

TODOS. Muerto!
BAILEN. En mis brazos!
MARIA. Ah!

MUSICA.

BAILEN.

Oh, qué feroz batalla!
Mancha el terreno
sangre y metralla!
Causa pavor el trueno
del hórrido cañon!
El belicoso ruido
cubre el lamento
del pobre herido!
Y es todo el campamento
terrible confusion!
Suena el clarin guerrero!
Brilla afanoso
el duro acero!
Sucumbe al fin glorioso
mi bravo batallon!
Hondo gemido
Enrique exhala herido!
Triste me llama,
y vuestra cruz me dió!
Llora! La besa! Exclama:
—«Nada ya espero!
Dile á María
como por ella muero!»
Y exánime cayó!
Cara cobré su vida,
dando un avance
cual hiena herida!
Y al que cogí á mi alcance
terrible muerte dí!

HABLADO.

MARIA. Enrique muerto! y otro hombre se atrevía á decir que era él! Oh! esto es una infamia!

BAILEN. Quién se atreve aquí á tomar el nombre de mi camarada?

MARIA. Un hombre que asegura ser quien sustituyó á mi hermano, y que dice que vos le entregasteis mi cruz.

BAILEN. Mil rayos! Y en dónde está ese infame que toma el nombre de un valiente?

CARLOS. En ese pabellon... pero...

BAILEN. Voy á matarle!... (Desenvainando el sable.)

CARLOS. Oh, no!

MARIA. Es un capitan!

BAILEN. Aun cuando fuera un general! (Entra Ruperto seguido del coro.)

RUP. Qué ruido es este?

ESCENA XVI.

DICHOS, ENRIQUE, abriendo la puerta del pabellon y dispuesto á partir.

ENR. Vengo á despedirme para siempre!

BAILEN. (Reconociéndole.) Qué veo!

ENR. Bailén!

BAILEN. Él es! hijo mio! (Dejando caer el sable y abrazándole.)

MARIA. Se abrazan!

BAILEN. Vive! Vive mi buen camarada! Pero quién diablos os ha resucitado? Yo os tuve muerto en mis brazos!

ENR. Recogido de entre un monton de cadáveres, recobré completamente la salud.

CARLOS. Viva España! (Tirando al aire la gorra.)

MARIA. Perdonadme! (Dando la mano á Enrique.) Os he injuriado al dudar de vuestra palabra!

ENR. María!

CARLOS. Mi cruz! (Remedando á María.)

BAILEN. Permites que te abrace el viejo Sargento?
MARIA. Con toda mi alma. (Se abrazan.)
ENR. Ahora sí que no nos separaremos nunca!

MUSICA. (1)

BAILEN. Rataplán! Rataplán!
plan! plan!
Bella es la vida
del militar!
Balas allí!
Hembras acá!
Mándeos el cielo
dicha sin par;
pero conmigo
ahora cantad.
TODOS. Rataplán!
Rataplán!
BAILEN. Plan! Plan! Plan! Plan!
TODOS. Plan! Plan! Plan! Plan!

FIN.

---

(1) Con posterioridad al estreno de esta zarzuela, ha escrito el maestro Caballero un *rondó* final para la tiple encargada del papel de María.

3 0112 117465465

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9,

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.